

puede en América, como en cualquier otra parte, exigir al fin la intervención de alguna nación civilizada, y, en el hemisferio occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede forzarlos, aun contra su voluntad, en casos flagrantes de mala conducta e impotencia, a ejercitar la política de policía internacional".

Las consecuencias de la Resolución 93 de la Conferencia de Caracas, son examinadas por Toriello con los textos de las declaraciones de los convenios Panamericanos, la Carta de las Naciones Unidas, el Principio de No-Intervención y la Constitución, hoy derogada, de Guatemala.

"Operación Guatemala III", trata de las interpretaciones a que dio lugar el envío de armas de pequeño calibre a bordo del M/n Alfhem. Una serie de conclusiones, intituladas por el Departamento de Estado, "Penetración del Movimiento Comunista Internacional en las Instituciones Políticas de Guatemala: Amenaza a la Paz y la Seguridad de América y a la Soberanía e Independencia Política de Guatemala", son examinadas ante los hechos ocurridos y la importancia real del armamento y su procedencia.

La agresión la estudia Toriello desde su sitio: la lucha por impedirla con los instrumentos diplomáticos. Las votaciones en el Consejo de Seguridad, las argucias y decisiones finales son, sin duda, las partes más patéticas de esta crónica de nuestro tiempo, porque en ellas se advierte la ineficacia de la justicia para un país económico y militarmente débil.

El último capítulo: "Retorno al pasado", es un análisis de las consecuencias de la "victoria". Muchas de las derivaciones de la derrota del Gobierno y el pueblo de Guatemala, han sido rebasadas por los acontecimientos de los últimos meses. El esquema de Toriello es válido como introducción al estado actual.

La lectura de *La Batalla de Guatemala*, trae a la memoria un alegato clásico: *El Villano del Danubio* de fray Antonio de Guevara. Bajo la investidura occidental del Canciller, se oculta al verdadero sujeto de la tragedia: el indio guatemalteco, prisionero en su mundo mágico, mudo ante la fraseología democrática, ajeno a los tratados internacionales, a las Cartas firmadas, como la del Atlántico, "entre caballeros cristianos"; labriego de una tierra antigua y siervo de un Imperio que hoy sujeta a su patria.

G. G. C.

EDMUNDO VALADÉS, *La muerte tiene permiso*. Letras Mexicanas, 20. Fondo de Cultura Económica. México, 1955, 104 pp.

Con una prosa poética realista—influida, y el autor no lo oculta, por el cuentista armenio americano William Saroyan—Edmundo Valadés expresa el momento—el momento en que se ama, en que se vive, en que se está triste o alegre—como la definición de lo humano y como su principal tema literario. El momento del hombre, entremezclado de realidad y sueño. El momento como una partícula de eternidad, como una porción de tiempo trascendental, en la que se halla envuelta la vida con todo lo que tiene de cotidiano, de maravilloso, de gris, de dulce, de terrible. Con lo que tiene de muerte eterna y de latido eterno. Valadés narra los pequeños dramas diarios del hombre de la calle: un humilde burócrata que anhela, de modo casi agónico, poseer una pipa; una niña hecha mujer por un mozalbete; el entretejerse de los problemas mundiales con un problema íntimo, amoroso, etc. Estos cuentos están escritos en lenguaje sencillo, casi en el lenguaje hablado, pero llevan, bajo esa piel brillante, un inquieto fluir poético. Lenguaje que busca la fusión del hombre con todo cuanto vive y le rodea:

Y porque esto continuará viviendo fuera de mí, las muchachas, la música, los hombres, otras tardes y otros minutos como éste en el corazón de otros hombres, aquí en México o en cualquier otra ciudad del mundo. Y yo lo he visto y me ha sido dado sentir, bajo el cielo transparente, aquí en una calle de la ciudad, que todo lo que erigieron y erigen los hombres y eregi yo, fue mío, una vez, un minuto y no había ninguna etiqueta, ningún precio para el hombre de la larga, profunda, dolorosa y bella muerte.

Estos largos períodos ascendentes, estas palabras llenas de vehemencia dan a todos los relatos un tono de canción pujante y bella, y elevan una prosa que de tan sencilla y directa podría parecer reporterismo. Parece que se está narrando fría y objetivamente, pero hay siempre un matiz artístico que re-crea lo que el autor tiene ante sus ojos.

*La muerte tiene permiso* y *Al jalar del gatillo* son violentos y maliciosos hechos rurales que junto con *El girar absurdo*—relato de mediana calidad—están algo alejados de la tónica del libro. Estos

tres cuentos se basan en lo excepcional. Nosotros preferimos los que intentan reflejar unos cuantos minutos de vida diaria.

En *No como al soñar*, un niño tímido envía a una muchacha una carta de amor. Hinchado de alegría camina por la calle y, de pronto, se convierte en testigo de un brutal asesinato. El contraste le desazona, le atemoriza y queda "avergonzado, confuso, sin poder comprender por qué las gentes, Mocerito (su pueblo), la vida, todo, era distinto a sus sueños..."

*Adriana* es un cuento corto. Un niño nace. El padre, feliz, sale a la calle, camina "aprisa", buscando la gente, queriendo compartir su alegría. Y en una esquina, ante un desconocido que esperaba un vehículo, con ganas de abrazarle le dijo:—"Fúmete un cigarro. Se lo ofrezco con mucho gusto".

*Un gato en el hambre*. Un muchacho relata la penuria de su familia. El padre es un soñador, no tiene trabajo; se siente solo y acaricia tiernamente al gato. La madre es histérica. Un día, cansado del hambre, el gato se va. El hombre queda triste, solo. "Tan solo, de pie ahí en la puerta del barrio, como si todo lo demás le fuera extraño, vacío, y la vida se hubiera caído hecha mil pedazos que jamás podrían reconstruirse."

En *La infancia prohibida*, un niño se siente huérfano de cariño. Vive con sus tíos, quienes se desocupan de él y no le permiten ir más allá de la esquina de la calle. El niño desobedece el mandato y ve cómo es la vida más allá de esa esquina. Al ver que ha sido buscado, que si él falta la gente lo nota, adquiere una nueva sabiduría.

*Se solicita un hada*. Es el constante soñar con lo imposible: desvelar el secreto del mundo, a los 21 años; saber lo que significa amor, a los 15; frente a una juguetería pedir un hada, a los 8 años.

*Todos se han ido a otro planeta* y *Un hombre camina* son los cuentos de más sabor saroyano. Estados de ánimo. En el primero, un hombre está triste, debido a una cita de amor fallida. Un beso de mujer—de "mala mujer"—le devuelve el gozo de vivir y la certeza de que los habitantes han vuelto a la Tierra. El segundo es el monólogo de un hombre que anda por la ciudad. Todo lo que ve, oye y piensa se funde en una sinfonía humana. El hombre está orgulloso de pertenecer a esa sinfonía inacabable. En este cuento se halla todo el espíritu del libro, un libro que marca la aparición de un es-

critor vital, interesado en el hombre.

J. DE LA C.

SIMONE WEIL, *Carta a un religioso*. Traduc. de M. E. Valentić. Sudamericana. Buenos Aires, 1954. 64 pp.

Simone Weil, en su personalidad de filósofa y cristiana, expone ante la Iglesia cierto número de problemas y dudas planteados en puntos como: la presencia de un sentimiento idólatra en la gran mayoría de los cristianos, evidente en la creencia del poder milagroso de imágenes y lugares santos; la casi certeza de que el contenido del cristianismo existía antes de Cristo en las religiones de los pueblos egipcio, caldeo, persa y griego; la semejanza de ciertos mitos egipcios y griegos con textos de las Escrituras; el paralelismo de Prometeo con Cristo, de Atena y Hestia con el Espíritu Santo, del poema escandinavo *La ruina de Odín* con ciertos aspectos de la Crucifixión, de la maternidad de la Virgen con la idea de Platón, expresada en el *Timéo*, referente a cierta esencia, madre de todas las cosas y siempre intacta, etc. Más adelante dice: *Cuando Cristo dijo: "Enseñad a todas las naciones y llevadles la noticia", ordenó llevar una noticia y no una teología. El mismo, habiendo venido, decía que "sólo para las ovejas de Israel" añadía esta nueva a la religión de Israel"*. Crítica S. Weil la inutilidad de las misiones católicas, que apoyándose en el poderío occidental tratan de convencer a quienes creen a su manera. Dice aún cosas más heterodoxas—aunque muy cristianas—como afirmar que aquél que se llama ateo, pero practica el bien y el amor al prójimo, *se salvará seguramente*. Además, agrega, el ateísmo puede ser, en el fondo, la creencia en un Dios impersonal. Finalmente plantea sus dudas acerca de la infalibilidad de la Iglesia y de su apego a los principios de Cristo. Se trata, pues, de un libro sumamente importante para los católicos que deseen razonar su fe, e incluso para quienes no siendo creyentes, estén animados del espíritu cristiano. Simone Weil concreta en este ensayo las ideas que desde hace bastante tiempo venían inquietando a los intelectuales católicos y que pueden resumirse en cambios religiosos fundamentales. La frase final del libro es bien significativa: *¿Cómo cambiaría nuestra vida si se viese que la acometía griega y la fe cristiana han surgido de la misma fuente!*

J. DE LA C.